

to «de lo oscuro a lo oscuro». Otras parejas, no. Otros ancianos, quizá por haber iniciado la aventura, la de vivir frente a la muerte, con más inteligencia, más arrojo y modestia, y desde luego por haber iniciado con amor, con prodigioso amor, su marcha hacia la vejez y la muerte, logran que aquel amor, remoto ya, con su pareja, logran que aquel milagro no deje un charco de ceniza o de nada a sus pies, al desaparecer: deja un olor, una ternura, una clarividencia, no sé, una sabiduría (llámale de algún modo hermoso) que es lo que adviene al rostro de algunas parejas de ancianos y que parece luz, y tal sea una manera de la luz. Los ves, ya mordidos por sus achaques físicos, llenos de arrugas, como mapas; disminuidos por el peso del tiempo en sus hombros y vestidos con ropas tal vez nuevas, pero que en ellos, los ancianos de amor, siempre nos parecen usadas; los ves así, propietarios de su ruina y como arrendados en ella, y, sin embargo, algo luce en sus rostros, algo semiinmortal huele a cierto en sus ademanes. Y si los sorprendes mirándose entre sí, no puedes evitar pensar: se aman.

Y no, ya no es amor; es solo la victoria. Perdieron el amor hace ya tantos años, pero ellos han vencido. La derrota de perder el amor estaba asegurada, pero ellos lograron evitar la derrota del odio —visible o encubierto— y la derrota de la soledad. Han vencido porque han alcanzado a reunirse. En cierto modo, ese lazo es más prieto que el lazo del amor, porque el amor en verdad no reúne: cauteriza a dos seres, pero no los deja reunirse. Los suelda, pero no los reúne. Los aprisiona e incluso los libera (les otorga felicidad), pero no los reúne. No es el amor: es el tiempo quien junta. Es el tiempo lo que junta a los seres (puede separarlos también). Pero el amor y el tiempo hablan idiomas diferentes. El amor es instantáneo, incluso instantáneamente eterno, pero no es duradero. El tiempo largo y el amor intenso hablan distinto idioma. El del amor es el idioma de los dioses. El del tiempo es el idioma de los hombres. Pues bien: tal vez esos ancianos que, en parejas, resultan luminosos, han llegado a brillar reunidos, simplemente por esto: iniciaron su amor en un idioma (el urgente, bellissimo y desasosegado idioma del amor), comprendieron que aquel idioma no les pertenecía, no lo habían inventado ellos, era milenariamente anterior y mayor que ellos mismos, y entonces iniciaron el aprendizaje y el dominio de un idioma distinto, remotamente paralelo; se fueron apropiando de ese idioma, más modesto, pero más suyo, más huérfano de plenitud y más prolífico de comprensión y de constancia: era el sencillo, también maravilloso, humilde idioma de los hombres que saben que tienen que morir. Y un día llegó en que tales ancianos se vieron como eran: entrando en la vejez o habitando ya en ella, y hablando un mismo idioma que les pertenecía, y fue ese día cuando supieron que llevaban muchos años reunidos. No tolerándose: reunidos. Quizá entonces ya la sexualidad hacía años que les había abandonado, o ya iniciaba el abandono. Pero como ese abandono siempre se inicia y siempre se consume, no se sintieron ultrajados. Sencillamente supieron que iban juntos a la vejez, o que ya habían envejecido, y entonces, entre un diálogo sereno en su sereno idioma humano, ya sólo les quedó una discrepancia: ninguno de los dos quería morir el último, ninguno de los dos quería asumir un castigo que sabía no merecer (que tal vez no merezca nadie): ver morir a aquel, a aquella, que aprendió el mismo idioma, y soportar el resto de la vida ya en una pavorosa mudez. Ya sabes (lo has visto alguna vez, o has oído hablar de ello) que a esas raras parejas les separa la muerte por un tiempo muy breve: a veces solamente unos

días. Muere uno de los dos reunidos, y el otro no se resigna a la separación, no la consiente, y se concentra, y muere. Y solemos pensar entonces: ¡Cuánto se amaban! Creo que es más acertado exclamar: ¡Qué reunidos estaban! Claro, ¡pues hacía tanto tiempo que el amor, el prodigio, se les murió, como sucede a todos los mortales! Lo que ocurrió con ellos es que, ante el cadáver de su amor, en lugar de obstinarse, contra todas las leyes (la ley más clara: todo está destinado a morir), en lugar de obstinarse en mantener el cadáver del amor a su lado y pudrirse con él, fueron juntos al cementerio del amor, enterraron el suyo (como se entierra al padre y a la madre que nos dieron la vida; pues una de las formas de nacer es amar) y regresaron de ese cementerio reconociéndose como hijos de aquello que habían enterrado, y se sintieron juntos, reunidos y como vagamente incestuosos: pues ya habían empezado a ser enigmáticamente hermanos. Es ese enigma, esa reunión, lo que brilla en sus rostros cuando se miran, cuando hablan el uno del otro, y cuando se defienden uno al otro fieramente frente a terceros. Hay que saber, Nocturna, que hay gentes (yo pienso que ignorantes, desapacibles) a quienes esa paz y ese hervor de parejas ancianas les parecen tan sólo una forma de la claudicación. Y sabemos que hay gentes, ilusas y poco reflexivas, y en el fondo muy temerosas, que confunden el verdadero amor con esa luz de esos ancianos. A los primeros hay que recordarles que la claudicación no dura tanto (o si hay claudicación en una laboriosa pareja, entonces ya no hay luz en sus rostros, y a ninguno de los dos le preocupa que el otro se muera el primero; son los más, pero no hablo de esos). A los segundos hay que recordarles que incluso estos ancianos hoy reunidos, desde su larga paz, recuerdan siempre, con una especie de envidia ya casi medio santa, aquellos tiempos en que sí fueron el amor: que se les fue muriendo, que se fue transformando; aquel amor que dejó de ser un idioma para ser otro idioma. ¿Qué quiere decir esto?

Lo que ya te he dicho, Nocturna: que el amor (ese instante prodigioso, rotundo, veloz y pasajero) viene como una incomparable aparición y trae en su naturaleza su propia desaparición. Que el amor muere siempre (o que se va: a habitar con otras parejas). Que está —y eso es lo único que tiene de humano, pues todo lo demás es lo sagrado puro— condenado a morir. Es preciso que esto, tan enojoso (habría que decir tan terrible, si no fuese tan natural), es preciso que esto lo sepamos y lo digamos. Más aún: lo proclamemos. Ante esta reflexión se enojan los amantes —los amantes no ambiciosos, sino desprevenidos—, y hasta se enoja el propio corazón de cada criatura de cualquier lugar de la Tierra. Pero si esto es así, si el amor muere, ¿por qué no habríamos de asumirlo? ¿Por qué no proclamarlo? En realidad, sabemos precisamente por qué hay que proclamarlo: porque es lo que le da sentido, porque es aquello que lo transforma de pasajero en inmortal, de visitante en bruscamente, maravillosamente eterno: «Flor de un día es lo más grande al pie de lo más pequeño». Es que con el amor nos sucede lo mismo que nos sucede con la vida: si fuésemos eternos (o con más precisión, inmortales, pues eternos podemos serlo varias veces si nos lo merecemos), si fuésemos inmortales, como ofuscadamente lo deseamos, pasados unos centenares de años la vida sería irrespirable, un infierno de insolentes repeticiones y una extenuación sin final (en realidad, ni siquiera podemos imaginarnos infinitos). Al estar condenados a morir, cada instante, cada minuto de la vida es absoluto y es sagrado. Pues bien, con el amor ocurre igual: porque está condenado a morir (porque estamos condenados a enviude-

cer de él) cada minuto del amor es sagrado y es absoluto. «El amor es eterno mientras dura», ha escrito otro poeta. Los lectores triviales ven una paradoja en ese verso: cuando lo que contiene es una casi feroz sabiduría, en la que se precipitan hacia nosotros y a la vez una premonición y un extraordinario consejo. El consejo: trabajar por que dure esa breve inmortalidad, esforzarse en gozar el amor, mas también en servirlo. Y la premonición: el amor muere. Siempre.

¿Y qué podemos (o tal vez, qué debemos) deducir de esa fatalidad que, sin embargo, otorga su sentido al amor, es decir, le otorga, con la fugacidad, opulencia? Yo sólo acierto a deducir dos cosas; primera: ya que el amor es prodigioso y, dure lo que dure, instantáneo, eternamente breve, hay que sentir por él un respeto sin tregua —entre otras causas, porque sin respeto al amor no es posible el respeto a uno mismo. Y segunda: como dije, Nocturna, en el principio de esta carta, cuando el amor, desde su inapelable señorío, resuelve alejarse de quienes lo usufructan (y ello suele ocurrir cuando uno de los dos amantes, o los dos, han olvidado alguna de las leyes prodigiosas, pero terribles, del amor; cuando cándidamente han llegado a creer que eran los dueños del amor y no sus servidores), al amante en verdad respetuoso para con el amor no le queda más destino que alejarse a sufrir. Reconocer que tuvo un milagro en sus manos, y que ya no lo tiene, y no correr tras él. Volverse fieramente humilde y renunciar a todo aquello que pueda hacer disminuir el prodigio —el amor— que aún queda en su memoria. Cuando el amor se aleja (generalmente defraudado de los amantes), las súplicas, las quejas, las mentiras, los desaires, las amenazas, no sólo ya no sirven para que acceda a regresar, sino que ahuyentan y pudren incluso la memoria de la felicidad. El amor es así, Nocturna, siempre nos abandona. Y tan sólo nos queda entonces una opción: pudrirlo en la memoria o tratar (con soledad, con humildad, es decir, con coraje) de que siquiera podamos recordarlo en todo el esplendor con que, un momento, nos hizo conocer lo que dicen que conocen los dioses: la santidad, la dicha y la inmortalidad. ¿Y cómo podría nuestra memoria merecer ese privilegio, sino a cambio de un sacrificio? Es éste: cuando el amor se aleja hay que dejarlo ir, sin reprocharle nada a nadie, a nadie en absoluto, ni a sí mismo tampoco. Lo sé: es un sacrificio espantoso: lo fácil es la súplica, el reproche, la mentira, la amenaza, el sarcasmo. El sacrificio es lo difícil. Pero es imprescindible: sin él, toda separación carece de grandeza, todo futuro carece de esperanza, y todo nuevo amor nacería lesionado, cauteloso y trivial, y la vida del separado, la vida entera, no sólo la vida amorosa, sino toda su vida, se le volvería desvariada, cenicienta, tartamuda, paralizada en el rencor, frenética y a la vez moribunda. Maldito amor, ¿verdad? Bendito amor, Nocturna; no hay escape: o la felicidad o el sufrimiento. El amor es así de monstruoso, y puede permitírsele, porque primero fue un prodigio.

Conservar, por lo menos, la memoria de ese prodigio, exige el sacrificio de renunciar a lo sencillo (la acusación, la mentira, el reproche, la dosificación del dolor y del miedo) y exige que elijamos el miedo y el dolor: de un solo trago. Casi como un fusilamiento. Y ello, porque no es posible resucitar sin haber visitado el horror de la muerte. Y ya sabemos bien que la separación de los amantes es un aviso portentoso de que la muerte habita en nuestro corazón, y que es nuestro destino. Mas la separación de los amantes puede también ser algo casi tan estremecedor y tan trágico como la dicha

del amor. No seamos nosotros, que conocimos el prodigio, que fuimos prodigiosos ayer, culpables hoy de transformar una separación en una farsa. Hay que acudir al final del prodigio como aquellos que se lanzaban a la hoguera cantando. Canta, Nocturna, como yo, con desgarradora alegría. De lo que hemos tenido (¿pero no fue el amor quien nos tuvo a nosotros, y quien nos eligió, quien nos hizo elegidos?) sólo podemos conservar la memoria. Y la memoria, hay que saberlo, es combustible, y tan sólo la encienden o la felicidad o el sufrimiento. En fin: la felicidad se ha acabado: ¡jamado sea el dolor, que da fe de que fuimos prodigiosos! Pero también —¿no lo sabíamos?— el dolor hay que merecerlo. Y sólo hay una forma: no escapar cuando llega. No hay que pedir socorro: sencillamente, hay que continuar aprendiendo a vivir.

Adiós, Nocturna.

Félix Grande